

**Ana María Alba Villalobos<sup>1</sup> y Galina Vólkhina<sup>2</sup>**

## **La novela, vínculo entre el testimonio y la historiografía**

Universidad de Guanajuato, México

[anama63@yahoo.com.mx](mailto:anama63@yahoo.com.mx), [adriskra@yahoo.com](mailto:adriskra@yahoo.com)

En el ámbito de la teoría de la historia, durante los últimos años se ha revalorado el testimonio como parte fundamental de la memoria, cuyo papel se considera tan importante, que incluso hay historiadores, como Pierre Nora, que ven con preocupación cómo la historia ha sido desplazada por ésta. La memoria es fragmentaria por naturaleza, surge de individuos particulares, pero sobre todo de grupos marginales, cuyos testimonios dan lugar a otra historia, distinta a la oficial, y por lo tanto a la idea de que no hay una sola.

No obstante lo anterior, aunque pareciera haber una disyuntiva entre la visión unificadora del discurso histórico y el relativismo de las distintas, hay autores que han planteado la necesidad de escribir la historia a partir del testimonio y la memoria, no en oposición a éstas.

---

<sup>1</sup> Ana María Alba nació en Lagos de Moreno, Jalisco, México. Licenciada en Letras Españolas por la Universidad de Guanajuato y Doctora en Ciencias Sociales por El Colegio de Michoacán. Durante 25 años fue profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato; actualmente, profesora del Departamento de Historia, coordinadora de la Maestría en Estudios Históricos Interdisciplinarios de la misma universidad. Ha participado en Congresos de Literatura e Historia en México, Argentina, Costa Rica y España. Ha publicado diversos artículos sobre autores mexicanos, especialmente mujeres: Inés Arredondo, Luisa Josefina Hernández, Elena Poniatowska y Elena Garro; pero también sobre las memorias de José Vasconcelos. En 2009 publicó el libro *José Vasconcelos. La memoria de las lecturas en la escritura de las memorias*; en 2010, el libro *El relato sin historia en la narrativa de Elena Garro*.

<sup>2</sup> Mtra. Galina Vólkhina realizó sus estudios de licenciatura y posgrado en la Universidad Estatal de Voronezh (Rusia) en el área de lengua y literatura españolas. Desde 1997, trabaja en la Universidad de Guanajuato en dos licenciaturas (Letras Españolas, Enseñanza del Español como Segunda Lengua) y en la Maestría en Estudios Históricos Interdisciplinarios, programas pertenecientes a la División de Ciencias Sociales y Humanidades.

El texto que presentamos es una propuesta para enriquecer el concepto de memoria, a partir del testimonio de personas que presenciaron de cerca los acontecimientos históricos –es decir, que son testigos de ellos– y los dieron a conocer a través de novelas realistas, escritas al mismo tiempo que ocurrían los hechos o pocos años después, por lo que constituyen documentos de gran valor por la información que contienen acerca del tema. De acuerdo con los planteamientos de Paul Ricœur y Esteban Lythgoe, consideramos mejor que no exista una subordinación entre la memoria y la historia, sino una dialéctica entre las dos, “ [...] bajo el signo de la nueva hipótesis directriz, a saber, que el conjunto memoria e historia contribuyan a la representación del pasado” (Ricœur, “Mémoire” cit. en Lythgoe 82). Frente a los defensores de la memoria, Ricœur prefiere distinguir una narrativa de primer orden, propia de los testigos, y una de segundo orden, propia de los historiadores (ver Lythgoe 82).

Ante la duda acerca de la verdad de un testimonio, que puede ser visto como una construcción ficticia, y el hecho de que “la historia se remite a la serie archivo-documento-huella, con lo que permanece atrapada en el antiguo enigma del desciframiento último de la huella”, Ricœur propone el testimonio, siendo éste estructura de transición entre memoria e historia, que puede resolver el enigma de la huella y su desciframiento:

Es necesario dejar de preguntarse si una narración se asemeja a un acontecimiento; más bien hay que preguntarse si el conjunto de los testimonios, confrontados entre sí, es fiable. Si es éste el caso, podemos decir que el testigo nos hizo *asistir* al acontecimiento relatado. (Ricœur, “La marca” cit. en Calveiro 81-82).

En este sentido, la novela realista de principios del siglo XX debe ser una fuente fundamental para los historiadores del periodo. Siguiendo a Pierre Nora, conviene hacer notar que, aunque se vinculan estrechamente, la memoria y la historia son distintas. La memoria es el recuerdo de un pasado vivido o imaginado, que proviene de grupos de personas que experimentaron lo sucedido o creyeron haberlo hecho. “La memoria es afectiva, emotiva, abierta a todas las transformaciones, vulnerable a toda manipulación”, puede estar latente mucho tiempo y surgir de pronto. Por el contrario:

la historia es una construcción siempre problemática e incompleta de aquello que ha dejado de existir, pero que dejó rastros. A partir de esos rastros [...] el historiador trata de reconstituir lo que pudo pasar y, sobre todo, integrar esos hechos en un conjunto explicativo [...] es una operación puramente intelectual, laica, que exige un análisis y un discurso críticos. (Nora s.p.).

La primera divide, la segunda permanece y une (Nora).

Nos apoyamos en Nora porque consideramos que memoria e historia son complementarias, y nos parece que en la novela realista se establece el puente entre ambas, ya que en ella se describe y narra la vida de un pueblo o grupo social, de algún suceso, de una forma colectiva de ser. Pensamos en el caso de México, en las novelas de la revolución, en las novelas sobre la cristiada, en las novelas indigenistas, etc.

Coincidimos con Ute Seydel (ver 66) en que allí donde el discurso histórico no tiene nada que reportar y no ha realizado reconstrucciones del pasado, son precisamente las leyendas, los mitos y los textos literarios escritos en otras épocas los que nos transmiten conocimientos sobre estos grupos, su forma de vida, sus ideas en torno a la moral, su religiosidad, su código de honor, etc. Incluso los textos literarios de otras épocas sirven ahora a la historiografía como “documentos” para cerrar ciertas lagunas.

Cuando decimos que no son tomadas en cuenta, no señalamos que no hayan sido leídas –lo cual también sucede–, sino que no son fuente directa para el historiador, que generalmente no suele citar fragmentos de ellas, incluirlas en la bibliografía ni mencionarlas siquiera. Sería muy bueno que, además de que esto ocurriera, este tipo de novelas fuera objeto de análisis por parte de los historiadores, pero no para cotejar los datos que aparecen en ellas, como suele ocurrir con algunas novelas históricas que han sido muy polémicas, sino para interpretarlas o establecer posibles interpretaciones que permitan incluirlas en la historiografía sobre el tema que se aborde en ellas.

En estas novelas centramos nuestra atención; aquéllas en las cuales los autores tienen una visión privilegiada, pues fueron testigos o partícipes, aunque por otra parte también por ello su

perspectiva puede considerarse limitada o subjetiva. Que Mariano Azuela haya ido en la revolución, como Demetrio Macías y sus hombres, desde el Cañón de Juchipila hasta Texas, no es irrelevante al analizar *Los de abajo*, pues se trata de un informante de calidad. De muchos sucesos hay testigos que puedan referir su visión, pero casi siempre se trata de personas muy grandes de edad que recuerdan lo ocurrido muchos años atrás. Si, como Azuela, estas personas hubieran tenido la capacidad para escribir lo que estaban viendo y viviendo, sus textos serían un documento valioso para quienes se ocupan de historiarlos.

Antes que nada habría que preguntar si todas las novelas realistas tienen la misma calidad como fuentes para la historia, pues los mismos novelistas nos ponen en alerta cuando se acusan entre sí de falta de autenticidad.

Los que hemos visto al campesino mexicano no en las carátulas de las revistas literarias, ni en las películas rancheras, sino por convivencia inmediata con él, podemos afirmar que los personajes de *La parcela* no son retratos, sino falsificaciones. Yo los conocí desde mi niñez durante largos años, más tarde como mis clientes, ya de médico, y tuve ocasiones sobradas para observarlos (ver Azuela, “Cien años” 632).

Adelante, Azuela añade que “hay ocasiones en que [López Portillo y Rojas] obliga a sus personajes a pronunciar verdaderas sandeces”. No niega que sea posible, pero –observa– “el rancho de Jalisco en general si es desmañado, torpe, indolente a veces y socarrón otras, está muy lejos de ser un imbécil” (Azuela, “Cien años” 638).

Nos interesa saber en qué medida se encuentra reconstruido el pasado en una novela realista y cómo es presentado e interpretado en ella. En nuestro caso particular, queremos conocer una región: los Altos de Jalisco, a principios del siglo XX. Por fortuna existen varias novelas en las que se describe cómo era el clima, la vegetación, la fauna y actividades del lugar; también se describe a su gente, la forma de vestir, sus hábitos, sus costumbres y, muy especialmente, sus creencias y manera de hablar. Por ahora tomaremos en cuenta a dos autores: Mariano Azuela y José Guadalupe de Anda, el primero nacido en 1873 y el segundo en 1880; el primero en Lagos de Moreno y el segundo en San Juan de los Lagos, ciudades colindantes de los Altos de Jalisco,

México. Del primero, la novela *Mala yerba*, publicada en 1907, y del segundo, *Los cristeros. La Guerra Santa de los Altos*, publicada por primera vez en 1937.

Además de asegurar que conoció bien a los rancheros de Jalisco, de manera explícita Mariano Azuela afirma haber tomado sus personajes del rancho que fue de sus padres y luego de un sobrino: “[...] de ese rancho están tomados los paisajes, panoramas, escenas y hasta personajes de aquella novela” (Azuela, “El novelista” 1109).

No se trata de una comparación sobre la visión de un mismo suceso o personaje, en primera instancia, pues los autores narran hechos ocurridos en diferentes momentos y sobre distintos acontecimientos: las novelas de Azuela sobre esta región son de la primera década del siglo XX, en tanto que las de José Guadalupe de Anda refieren sucesos de finales de los años veinte y principios de los treinta. La idea es saber y entender cómo es el alteño, a partir de ambos autores.

Las novelas en que Azuela describe esta región jalisciense son de la primera y segunda década del siglo XX. Su novela más conocida, *Los de abajo*, aunque fue escrita y publicada en 1915, fue reconocida y difundida hasta 1925, en tanto que *Los cristeros*, de José Guadalupe de Anda, fue publicada en 1937, lo que hace muy posible que el autor haya leído alguna de Azuela, especialmente *Los de abajo*.

Algo que descubrimos fue que en sus primeras novelas, las que publicó en la primera década del siglo XX, el escritor laguense nunca alude a Los Altos de Jalisco, es decir, no tiene una concepción regional de su tierra. Tampoco en sus ensayos, que son de mediados del siglo. Si se quisiera explicar que esto se debe a que en su momento no se denominaba así a esta región, el argumento se cae, pues los ensayos de Azuela son de los años cuarenta. José Antonio Gutiérrez señala que hay cierta dificultad en precisar cuándo se comenzó a nombrar esta zona como Los Altos de Jalisco y que según muchas opiniones esto data de recientes fechas; refuerza esto apoyándose en Jesús González Martín, para quien “hasta el siglo XIX en ningún mapa aparece tal denominación. En este siglo [el XX] el término alteño, vocablo real y de auténtica significación geográfica e histórica, se popularizó durante la guerra de los cristeros (1926-1929)” (González, cit. en Gutiérrez 36), pero Gutiérrez también afirma que

razones geográficas inclinan a opinar que en la colonia se conoció con ese nombre, porque desde entonces era nominada así parte de la región. Es el caso de Atotonilco, que desde 1530 se le conoció como el Alto; posteriormente encontramos a San Miguel de los Alcalá, al que probablemente se le agregó el Alto, para distinguirlo de San Miguel el Grande, Guanajuato. (González, cit. en Gutiérrez 36).

Mariano Azuela siempre se refiere al rancho, pero, aunque se deduce que es el de Jalisco, no lo hace explícito en la novela. Como se ve en la cita acerca de las fuentes para escribir *Mala yerba*, se limitó en ella a describir y recrear un rancho situado en las faldas de la Mesa de San Pedro, lugar que existió realmente y que se encuentra muy cerca de Lagos de Moreno, Jalisco.<sup>3</sup>

En su novela narra la vida de una hacienda a principios del siglo XX, en la cual los hacendados abusan de su poder con los peones. Esto no es original, se sabe que en muchas haciendas ocurría algo similar y esto llegó a un punto tal que fue una de las causas de la revolución armada. Hay que recordar que Demetrio Macías, el protagonista de *Los de abajo*, tuvo un enfrentamiento con Don Mónico, el cacique de su pueblo, y por ello tuvo que huir y unirse al movimiento armado revolucionario. En *Mala yerba* se describe a Julián Andrade, el hacendado, como un joven degradado física y moralmente, carente de los valores de sus antepasados, especialmente la valentía:

De valientes tenían fama los abuelos de mis amos, los que de allá de las Españas, del otro lado del mar, vinieron a este reino. ¿Valientes? De veras que sí [...] De éstos, de los de hoy en día, nada tengo que decirles: ustedes los conocen, ustedes los están viendo. ¿Cuándo en jamás de los jamases se ha visto que le hayan pegado a un hombre como Dios Nuestro Señor manda? ¿Cuándo uno de estos mancebitos ha peleado pecho a pecho y sin chicana? No, eso nunca lo verán sus ojos. ¿Ellos? Cortarle la cara a una mujer, clarearle el estómago a sus queridas. ¿A los hombres? Cazarlos como a las liebres. [...] Raza de asesinos ... raza de bandidos ... (Azuela, "Mala yerba" 119).

---

<sup>3</sup> En otro texto explicamos que el autor pretendía plasmar rasgos generales y no locales. De ahí que al pueblo donde ocurren los sucesos, aunque está inspirado en un lugar real, le puso un nombre ficticio.

La oposición en esta novela se da entre los hacendados y los peones. Los primeros, como se puede ver, son descritos sin ambages; sin embargo, el narrador pone en evidencia también la corrupción moral, la cobardía y falta de dignidad de los últimos, explicable, pero lamentable. Un ejemplo de ello es Doña Melquiades, quien ofrece a sus hijas al hacendado, como si fueran animales. Sólo Marcela, Gertrudis y Mariana se oponen a Julián. Sólo ellos son valientes, fuertes y orgullosos, rasgos que se considera son característicos del alteño, aunque esto no es señalado de manera explícita en la novela.

Azuela escribió una continuación de *Mala yerba*, la novela *Esa sangre*, publicada casi cincuenta años después; acerca de esta novela, el autor señaló que, si bien la situación económica del peón de rancho no había cambiado significativamente, éste sí:

Los tiempos han cambiado y la revolución trastornó todo aquel orden de cosas [...] Económicamente está en tan mala situación como en tiempos de la revolución, pero ha conquistado algo que vale mucho más que el dinero: su dignidad de ser humano. (Azuela, “El novelista” 1110).

José Guadalupe de Anda, el autor de *Los cristeros*, nació en San Juan de los Lagos, pueblo muy cercano a la Mesa de San Pedro y, a diferencia de Azuela, alude abiertamente a Los Altos de Jalisco en reiteradas ocasiones, empezando por el subtítulo de su novela, *La Guerra Santa en Los Altos*. Se entiende que lo hace porque sus personajes se mueven en esta zona, pero también porque tienen muchos rasgos en común, en cuanto a su educación, hábitos, creencias, físico ..., pero sobre todo, forma de ser:

–Tienes razón, Felipillo; pero *así es la gente de por acá*.

Naiden quere quedarse atrás; en todo queren sacar la delantera. Si saben que fulano mató a uno, a lo bravo, como los hombres, y comienza a correr su fama de valiente, no queda uno que no busque la manera de matar para no queda atrás de aquel fulano.

Que alguno, en una borrachera, hizo recular y esconderse a todos los cuicos del pueblo; al domingo siguiente aí van otros a querer hacer lo mismo. Que tú te haces, verbo y gracias, de una bestiecita afinadita, de

buenos padres, ligera y de buenos movimientos; en cuanto te la ven, venden cuánto tienen, el mais, los bueyes, y si pudieran hasta la mujer, y ahí van a buscar otra bestia mejor o igual a la tuya.

No digamos en la cuestión de armas; todos quieren tener lo mejor de lo mejor, porque es con lo que más se presume. *Aquí en Los Altos* es onde hay las mejores armas del país, valgan lo que valgan ... (De Anda 122-123; las cursivas son nuestras, A.M.A.V. y G.V.).

En la novela hay una separación implícita entre el cristero alteño y el de otra región, que explica por qué se describe positivamente al alteño, pero se hace una narración cruda de las atrocidades cometidas por los cristeros, siendo que la mayoría de los alteños o eran cristeros, o simpatizaban con éstos. En su caso, pareciera que con la novela el autor pretende explicar y justificar la participación de los alteños en la cristiada, incluso puede decirse que trata de reivindicarlos, pues su imagen está muy deteriorada cuando se publica la novela. Policarpo representa al líder cristero alteño; el Ruñido, al fuereño. En el siguiente fragmento puede verse cómo el primero cuestiona al segundo la crueldad:

—¿Pos pa' qué son tantas reatas, tú, Ruñido? —pregunta Policarpo.

—Pa' acabar con todos esos López, que como te dije, me tienen muy agraviado [...]

—¡Pero, hombre, tanto colgao! No. Mira, Ruñido, deja mejor las reatas pa' amarrar los caballos, y si tienes agravios con los López, no te valgas de la ocasión; búscalos y cualquiera de ellos te cumple onde quieras a la hora que quieras ...

—Venemos a desfender a Cristo Rey y no a vengar agravios; yo, cuando los he tenido con alguno, le he parao los pies como los hombres; *así se usa aquí en Los Alto s...* (De Anda 130-131).

Los sacerdotes que dirigen a los cristeros en la lucha, el padre Vega y el padre Pedroza (basados en personas reales), son tratados en la novela con rudeza, el narrador pone de manifiesto cómo, conforme se van volviendo más crueles, se rodean de la peor gente, el Ruñido y sus hombres, y asesinan a Policarpo a traición. En ese momento, pero sobre todo al final, cuando son derrotados, queda en evidencia que hay varios tipos de cristeros: los que siguen en la lucha y los



que, vencidos, son obligados abandonar sus ranchos y “reconcentrarse” en los pueblos. La gente que habita en éstos –aunque también es “cristera”– los desprecia, les da la espalda e incluso abusa de ellos. El narrador se refiere a éstos irónicamente:

Y las puertas y las casas de *los santos cristeros* del pueblo se amurallan:

–¡Mira, Gertrudis: –dice una vieja larga, flaca como espátula, que ostenta sobre el pecho la medalla de las Hijas de María –echa la cadena y asegura bien la tranca del zaguán, porque están llegando muchos pelados y si nos descuidamos nos limpian ... [...] (De Anda 274).

¿Qué tan objetivo llega a ser el autor de *Los cristeros*? Creemos que, tratándose de una novela sobre una guerra, alcanza un considerable grado de imparcialidad, a través de un recurso que trasciende lo literario, pero que está en la estructura de la novela: la división de los cristeros en dos grupos: los manipuladores y los manipulados. Es claro que los maestros y soldados federales salen bien librados, son las víctimas, pero no todos los cristeros son los victimarios, o al menos no de la misma forma. No es igual Policarpo que El Ruído, pero sobre todo está la voz de Felipe, que expresa el sentir del autor.

Para Arturo Azuela, “sólo de vez en cuando, en diálogos aislados, en algún monólogo sin continuidad, cae en la enseñanza ideológica, en mostrar posturas antitéticas que son innecesarias” (cit. en De Anda 435), sin embargo, consideramos que estos fragmentos son muy significativos, pues en ellos se hace un balance o juicio de los acontecimientos. Esto no quita validez a la novela, más bien ayuda al lector a entender la posición del autor, que se ubicaba entre los dos extremos: por un lado, estaba con el gobierno, como lo muestra su biografía, pues se sabe que fue cercano a Álvaro Obregón, pero también de los cristeros alteños, pues era gente de su tierra.

El siguiente fragmento ayuda a apreciar mejor lo que queremos mostrar. Después del primer ataque cristero a los federales, Don Ramón se siente mal; su hijo Felipe proféticamente le explica que se están equivocando, pues las consecuencias serán funestas:

–Pues sí, padre, ya lo vio usted. Y ese primer agarre, desgraciadamente, va a ser el comienzo de una guerra encarnizada, cruel, que acabará con la tranquilidad de la región; que segará millares de vidas y huérfanos desamparados y madres abandonadas, sin otro recurso que la mendicidad.

–¡Álgame Dios, hijo! Todo eso es muy verdá. La guerra es mala; pero ... acuérdate de lo que dijo el padrecito en el sermón: “Que se queden en sus casas los católicos tibios, los irresolutos, que ya Dios Nuestro Señor les tomará debida cuenta a la hora de su muerte ...”

–Sí, señor padre. Nomás que no siempre tienen razón los padrecitos, y menos recomendando que se vaya a matar al prójimo.

–¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? ¿Qué no sabes que la palabra de ellos es la misma palabra de Dios?

Felipe no puede contenerse.

–La palabra de Dios sería, –le dice con vehemencia– cuando predicaran el amor y la igualdad entre los hombres; no el odio, la matanza entre hermanos, los distingos, la postergación y la inicua explotación de los de abajo ... (De Anda 122-123).

El rancharo alteño jalisciense ha sido objeto de definiciones que van de la idealización al desprecio. Especialmente a raíz de la cristiada surgió esta figura en el ámbito nacional, caracterizada por su singularidad en cuanto a valores, costumbres, creencias e incluso rasgos raciales. En el cine mexicano de los años treinta y cuarenta se le idealizó y en la historia oficial se le vituperó. Conforme la Iglesia Católica ha ido recuperando terreno, desde finales del siglo XX a la fecha, ha trabajado arduamente en la reivindicación del cristero como víctima defensor de la fe. Hace falta una visión más objetiva, que tome en cuenta lo positivo, pero también los defectos de los alteños, y sobre todo esto, que sean vistos como una variedad, no como un estereotipo. Es por ello necesario volver a este tema, revisar lo que han escrito aquéllos que, como Azuela y De Anda, siendo de Los Altos de Jalisco, supieron ver a su gente con una mirada crítica, pero no por ello maniquea; que plasmaron en sus textos un profundo amor al terruño, un cariño y admiración hacia sus coterráneos, pero también un gran dolor al ver los atavismos de su gente. Es por ello

que su testimonio debe ser tomado en cuenta seriamente para la construcción de la historia de esta región.

A diferencia de Azuela en *Los de abajo*, De Anda conoce el desenlace de la guerra que narra y puede organizar el relato en una causalidad determinista, lo que le da una ventaja que no se debe soslayar y que, si bien puede ser criticable, también es válida como expresión de un sentimiento, sobre todo porque proviene de alguien que tiene lazos afectivos muy directos con el lugar y su gente.

Si, como afirma Ricœur, “la historia debería partir de los testimonios de la memoria y su objetivo, en tanto remedio, debería ser el de ‘instruir, iluminar’ a la memoria y desenmascarar los falsos testimonios”, el historiador y el crítico literario deben analizar las novelas realistas y establecer si son o no verdaderos testimonios, con lo cual, “la memoria instruida y la historia que se sabe capaz de reanimar la memoria declinante se recubrirían para ‘reactualizar’ o ‘reefectuar’ el pasado” (Ricœur, *La mémoire* cit. en Lythgoe 82-83).

Al proponer la novela realista como fuente para la historia, no pretendemos relativizar la historia mostrando una diferente, de los vencidos. En este caso el propósito es despertar la memoria latente en la literatura que, si es buena, como en este caso, contribuye a la construcción de la historia, porque nos permite sentirla: verla, escucharla, olerla; no porque nos diga quiénes fueron los buenos y quiénes los malos.

## **Bibliografía**

Azuela, Arturo. “Las novelas de José Guadalupe de Anda”. *Los cristeros. La Guerra y Los Bragados*. José Guadalupe de Anda. *Unomásuno* 26 de octubre, 1985. “Sábado”: 435.

Azuela, Mariano. “Cien años de novela mexicana”. *Obras completas*. Tomo III. México: FCE, 1960. 569-668.

Azuela, Mariano. “El novelista y su ambiente I”. *Obras completas*. Tomo III. México: FCE, 1960. 1012-1111.

Azuela, Mariano. “Mala yerba”. *Obras completas*. Tomo I. México: FCE, 1958. 113-224.

Calveiro, Pilar. "Testimonio y memoria en el relato histórico". *Acta Poética* 27.2 (2006): 65-86.

De Anda, José Guadalupe. *Los cristeros. La Guerra y Los Bragados*. 2011. México: Miguel Ángel Porrúa, 2013.

González, Jesús. "Los Altos de Jalisco, origen de su nombre". *El Valle* (órgano informativo del grupo social Valle de Guadalupe) agosto de 1977.

Gutiérrez, José Antonio. *Los Altos de Jalisco*. México: CONACULTA, 1991.

Lythgoe, Esteban. "Consideraciones sobre la relación historia-memoria en Paul Ricœur". *Revista de Filosofía* LX (2004): 79-92.

Nora, Pierre. "No hay que confundir memoria con historia". *La Nación (sección Cultura)* 15 de marzo de 2006. <<http://www.lanacion.com.ar/788817-no-hay-que-confundir-memoria-con-historia-dijo-pierre-nora>> (28 de diciembre 28 de 2012).

Ricœur, Paul. "La marca del pasado". *Historia y Grafía* 13 (1999): 157-185.

Ricœur, Paul. *La mémoire, l'histoire, l'oublie*. Paris: Seuil, 2000.

Ricœur, Paul. "Mémoire: approches historiennes, approche philosophique". *Le débat* 122 (2002): 51-56.

Seydel, Ute. *Narrar historia(s): La ficcionalización de temas históricos por las escritoras mexicanas Elena Garro, Rosa Beltrán y Carmen Boullosa (un acercamiento transdisciplinario a la ficción histórica)*. Madrid, Frankfurt am Main, Iberoamericana, Vervuert, 2007.